



LA NIEVE Y EL MERCADO

Enrique Medina

La profanación que produce mis pisadas en el immaculado manto de nieve que adorna el gastado suelo del Camino Viejo, agrieta mi alma. La virginidad rota por cada una de mis huellas, despierta mi solidaridad y retrotrae mi mente veinte años.

Es la primera vez que paso por esta calle desde aquel fatídico día. Era mi cumpleaños, ¡quince inocentes y felices años! Un desconocido encañonó mi espalda, me obligó a caminar un pequeño tramo, -sin volver la cabeza-, y me introdujo en el maletero del coche, trasladándome al campo de aviación, lugar de tantos crímenes a sangre fría durante y tras la guerra civil, donde fusiló mi alma para siempre.

No he podido borrar de mi mente la figura de aquel animal encapuchado, su depravado jadeo, el olor putrefacto emanado por su visco-

so sudor, y su pistola, apuntando mi desnudo y humillado cuerpo, tras cometer la repugnante violación.

Estaba dispuesto a matarme, para evitar, -moderno ángel exterminador-, mi sufrimiento por su villanía, pero un hecho sobrenatural salvó mi ya maltrecha vida: Resonaron agónicos cantos, aullidos que traspasaron como un afilado bisturí el sobrecogedor silencio de aquel tenebroso y solitario lugar, acompañados de miles de pasos invisibles, pero perfectamente audibles, cada vez más cercanos a nuestra posición. El degenerado comenzó a temblar. El miedo más profundo se apoderó de su cobarde cuerpo. Aterrado, tiró la pistola, huyendo despavorido. Al instante, el lúgubre silencio se apoderó de la triste noche. Creo que las ánimas que conviven en aquel lugar, unieron sus fuerzas para evitar un nuevo crimen en aquel maldito erial. No puedo seguir

forzando a la nieve. No tengo fuerza para seguir ensuciando su belleza. Regreso sobre mis pasos, caminando sobre mis huellas hasta recorrer los escasos metros que me separan del lugar donde me hospedo, en la misma calle.

Desde la ventana de mi habitación, observo la violencia de mis pisadas, el desolador estado en que mis pasos dejan la nieve. Mis fantasmas reaparecen en el momento más inoportuno. Para no variar, vuelven a llamar a mi puerta. Esta vez no voy a huir. No puedo dejar pasar la que probablemente sea la última oportunidad para recuperar mi autoestima. Regresar a mi ciudad es un reto personal. Tengo que permanecer una semana, no puedo defraudar a un grupo de personas que confían en mí, y que han pasado por el mismo infierno. Una conocida institución local ha puesto en marcha un programa para la recuperación psíquica de quien ha sufrido esta terrible experiencia.

Dentro del programa incluyen varias conferencias, que me han encomendado dirigir por mi doble condición de psiquiatra, abogado y víctima. Tengo miedo, he de reconocer que no he logrado sobreponerme, ¿cómo voy a poner una sola piedra en la inmensa muralla que supone la recuperación psíquica que llevan consigo este tipo de agresiones?

Por fortuna, las conferencias son vespertinas, por lo que la nieve ya ha sido pisada, evitando mis remordimientos. Esta obsesión evidencia el desequilibrio que reside en mi mente.

En este soliloquio, me sorprende la noche, y su oscuridad atormenta mi espíritu. Tras 'aquello', no he vuelto a ver, ni a vivir, el bello anochecer de la sierra, a excepción de la semana que pasé en la Residencia, tras la espantosa humillación a mi dignidad. Recibí el alta a las diez de la mañana, y supliqué, exigí a mis padres que me sacaran de la ciudad. No podía aguantar un minuto más. Ese mismo día, con lo puesto, me trasladaron a Madrid, a casa de mi tío Adolfo, hermano de mi padre, que regentaba una carnicería en el Mercado de Santa María de la Cabeza.

Transcurrió mucho tiempo hasta que me adapté a la vida en una gran urbe. Durante seis meses fui incapaz de salir sin que nadie me acompañara, hasta que el instinto de supervivencia hizo su trabajo y comenzó una nueva etapa en mi vida.

Mis primos lograron que acudiera al mercado, a conocer el negocio de mi tío, poco a poco fui de nuevo "socializándome", gracias a sus compañeros y amigos del mercado. El panadero, la chica de los variantes, el matrimonio de pescaderos, el frutero, el del bar y su hija. Su comportamiento fue la llave de mi recuperación, el principio de una nueva e inesperada vida, que transcurrió por unos derroteros inimaginables hasta entonces. La incipiente y prometedora carrera de atleta al garete, la vocación por la arquitectura dejó paso a algo tan distinto como el derecho y la medicina, carreras que terminé con muy buenas notas. Tuve ofertas de los principales bufetes del país, pero quería trabajar en el ámbito de los recursos humanos. En el año 1992 puse mi granito de arena, en forma de ayuda jurídica, en la creación de la asociación de comerciantes del mercado, una mínima forma de ayudar al grupo de personas que lograron devolverme a la vida. En el año 2006 el trabajo jurídico fue bastante más arduo para la integración de Mercadona dentro del recinto, asunto que se resolvió de la manera deseada.

Este mercado de Santa María de la Cabeza ha sido un antes y un después en mi vida, jamás olvidaré la acogida, el calor que recibí de aquellas personas, que me ayudaron a ir dando luz a las tenebrosas sombras. Hoy al regresar por primera vez a mi ciudad, al revivir muy a mi pesar aquellos recuerdos -qué digo revivir no, vivirlo de nuevo-, cierro los ojos para ver a todos los amigos de Santa María de la Cabeza como única forma de pasar este amargo trago.

He pasado la noche en blanco. Cada vez que intentaba cerrar los ojos, y conciliar el sueño, la quietud de mi aposento se transformaba en un continuo y aterrador lamento. El coro de ánimas me acompaña de nuevo, con una diferencia: esta vez no acuden en mi auxilio. Profieren quejas, reproches, culpabilizándome de algo, no sé la causa, aunque puede que mi cobardía al huir de la ciudad, tenga algo que ver. El rostro macerado por el cansancio, con las indiscretas ojeras, deladoras sin pudor de la desdicha oculta durante tantos años, reflejo de la furia contenida, que tantas veces amenaza con romper el muro y arrastrar a todo lo que encuentre a su paso, tortura el espejo, que me recuerda obscuramente quién soy.

Intento aparcar mis miedos, enterrar el pasado, romper la imaginaria frontera que delimita la cómoda autocompasión, de la cruel lucha para cerrar una página que nunca debió abrirse. Regreso a la calle, con el miedo del intruso, parece que respiro un aire que no me pertenece, y cualquier persona recriminará mi hurto. Los escasos metros que separan el Camino Viejo de la Plaza de la Catedral, van diseccionando en mi cabeza imágenes que quiero olvidar, fotografías en blanco y negro, que nunca quise revelar. Puede que algún día el color se adueñe de ellas, lo más terrible es que depende de mí ¡sólo de mí! Una pregunta me acosa constantemente: ¿Quiero colorear mi oscuro universo? ¿Prefiero continuar con el desesperante fondo negro, que permite justificar la indolencia que preside mi vida?

Un espectacular resbalón me devuelve al presente. La sensación de ridículo pone muelles en mi cuerpo, recuperando la verticalidad en un santiamén. El dolor que aprieta el brazo derecho, sana mi torturada mente.

En un taxi me traslado al auditorio de la Caja de Ahorros, donde en apenas una hora se inaugura el ciclo de conferencias. Aguanto el dolor al máximo pero todo tiene un límite, y ante la atónita y asustada mirada de los presentes, sufro un aparatoso desvanecimiento. Quieren trasladarme a la Residencia, a lo cual me opongo con tal contundencia, que finalmente me llevan a una clínica perteneciente a una conocida mutua. No tengo valor para enfrentarme a determinados recuerdos, y mi sangre se paraliza al pensarlo. Un nuevo episodio de pánico mediatiza mi vida. Es imprevisible la actitud de mis neuronas al reencontrarse con el impersonal y aséptico servicio de urgencias de la Residencia, donde fui consciente de mi bajada al Averno.

Salgo de la clínica con el brazo decorado por una incómoda escayola. Es tarde para regresar al auditorio. Según el programa, la conferencia hace rato que debe de haber concluido. Opto por volver a la hostería, santuario de mis pesadillas.

Juan Pedro Martín, -la persona que contactó conmigo para las conferencias-, acude a interesarse por mi estado, y de paso intentar rescatarme de la premeditada y angustiada clau-

sura. Cenamos en un restaurante, que por su nombre y configuración, parece extraído de algún capítulo del Quijote. Un lugar discreto, apartado del centro de la ciudad, por lo que deduzco que mi valedor presiente los temores que dominan mi mente. Al finalizar la cena, no anda por las ramas, va directo al epicentro del problema.

— Creo que mi insistencia en las conferencias han influido negativamente en usted.

— No se culpe. Acepté pensando que ‘aquello’ estaría desterrado, oculto en lo más recóndito de mi cabeza, pero por desgracia, está impregnado en cada poro de mi cuerpo.

— Lo he constatado por su negativa a la Residencia.

— Ha sido una cobardía por mi parte.

La compañía de Juan Pedro comienza a desazonarme. Su mirada, excesivamente inquisidora, la voz insegura y cínica, jugando sin cesar con un aparatoso sello de oro que oculta el dedo meñique de su mano izquierda, mientras la otra mano acaricia libidinosamente la nuca, lo que sumado a la escasa conjunción entre su lenguaje oral y corporal, dispara la alerta de mis sentidos. Un escalofrío recorre mi cuerpo. Algún recóndito sentido intenta avisarme, poniendo en guardia el instinto de supervivencia. Reacciono con frialdad, -para mi sorpresa-, y al ser incapaz de pensar y conversar con él, invento una excusa para escabullirme un instante, y poder ordenar mis ideas.

— Voy al aseo. Parece que la cena no me ha caído bien.

Desapruebo las armas, me producen espanto, pero en esta ocasión al pasar junto a una mesa, -oculta del mundo, para delicia de enamorados, lugar propicio para íntimos arreglitos a salvo de miradas indiscretas-, un reluciente cuchillo despierta mi atención y no puedo evitar su hurto. Tiene una hoja muy afilada, con el suficiente tamaño para disuadir cualquier aviesa intención. Como preciado tesoro, lo deposito en un bolsillo de mi chaqueta, y durante un rato me encierro en el retrete para, en caso de necesidad, preparar mi estrategia.

Lo más razonable es no volver a la hostería con Juan Pedro, un sexto sentido me lo pide a gritos, pero no tengo excusa. Por primera vez en

muchos años, tomo una decisión sin que me tiemble el pulso. Subimos al coche para regresar y las malas vibraciones alertan aún más mis neuronas, por lo que mi mano izquierda aferra el mango del cuchillo,- la derecha está escayolada-, como el hilo que puede sujetarme a la vida, sobre todo al girar el coche a la derecha, en dirección a la carretera de Madrid.

- Creo que se equivoca de camino.
- No tema, quiero que conozca otro lugar.
- Gracias, pero prefiero volver a la hostería.

No contesta, pisa más el acelerador. Mis temores se confirman y un sudor frío invade mi frente, bañando todo mi cuerpo. Unos tres kilómetros después, desvía el coche por un camino que a pesar de la oscuridad y los años de ausencia, aún reconozco: la pista que lleva a la piscina del Casino. En un claro, a mano izquierda, frena bruscamente y detiene el coche. Mi sudorosa mano está presta a defender mi vida hasta el límite de mis fuerzas. Enciende la pequeña luz interior, y con la sonrisa del maligno recobra la palabra.

- La vida, al igual que la tierra, es redonda, gira sin cesar, las situaciones se repiten cíclicamente. Hace veinte años, estuvimos en parecidas circunstancias. Esta vez será la definitiva.

Vuelve a reír estrepitosamente. Su rostro de sátiro nubla mi conciencia, saco fuerzas de flaqueza y le asesto dos cuchilladas en la pierna derecha, la más cercana a mi cuerpo. No pude trabajar nunca en la carnicería con mi tío porque era incapaz de coger un cuchillo, mis manos temblaban del horror que me producía empuñar esa herramienta, producir un corte en la inerte pieza del animal, y en este preciso instante no tengo el más mínimo remordimiento por la acción cometida ¡Qué curiosa es la mente humana!

Escapo del coche con toda la rapidez que el terror confiere. El trecho hasta la carretera general parece no tener fin pero, curiosamente, al llegar me invade la sensación de haber dado un salto en el tiempo, tras un efímero Nirvana. Por fortuna, una patrulla de la Guardia Civil transita por aquí en tan delicado momento. El registro en casa del monstruo fagocitador de vidas inocentes, deparó variopintas sorpresas. No era

un neófito del horror. El día que fue pisoteada mi dignidad, llevando la ignominia a mi vida, no era la primera vez, porque con anterioridad había degradado a varias personas más. En los posteriores veinte años su 'actividad' creció a un ritmo vertiginoso. El sello de su villanía ha quedado marcado en gran parte de España. En mi ciudad dos veces, a la misma persona ¡a mí! En un destartado baúl de los horrores guardaba recuerdos de sus hazañas, trofeos de carroñero y repulsivo depredador: prendas íntimas de sus víctimas, recortes de periódico, carnets falsos que usaba para inscribirse en hoteles, de los que conservaba factura.

La detención del 'psicópata anónimo', -según figuraba en los archivos policiales-, dejó estupefacta a mis paisanos. ¿Quién podría pensarlo? ¡Juan Pedro Martín! Altruista y activo colaborador de dos asociaciones benéficas de la ciudad. En una de ellas, procuraba alimentos y asistencia a la población marginal. En la otra, ¡ayuda psicológica a víctimas de violación! El comisario jefe, con la experiencia acumulada, tras muchos años y destinos en su profesión, daba su versión, en una entrevista concedida al Diario Local.

- El asco que sentía por él mismo, por su comportamiento, le inducía a lavar su contaminada conciencia en este tipo de asociaciones. Tras leer sus reflexiones, no pude reprimir un comentario en voz alta:

— Acicalaba su ego con labores sociales, tras enfangar para siempre la vida de los demás. Desde la calle de la Cuesta divisó la estación. La nostalgia invade mi cuerpo. En este instante sé que esta última vivencia ha surtido un inesperado efecto curativo, que nada hasta ahora había logrado. Hace tres días regresé a la ciudad que me vio nacer, mi añorado lugar donde pasé los mejores años de mi vida, hasta que ocurrió lo que jamás debió ocurrir, tras veinte años de ausencia, con la idea de cumplir un trámite y regresar al Madrid en el que me refugio, con la mayor prontitud posible, para retomar mi vida y disfrutar en los momentos de ocio, compartiendo unas cervezas con mi grupo de amigos y amigas, la mayor parte hijos de los comerciantes, amigos de mi tío, del Mercado de Santa María de la Cabeza.